



*Virgen de la Alegría (s. XVIII)*

## LA MADUREZ EXPRESIVA DE LA VIRGEN DE LA ALEGRÍA

**S**e suele pensar que la vinculación artística a través de una obra de arte es una mera especulación compositiva. Diversas miradas alternativas dentro de un concepto visual hacia la Virgen de la Alegría dan como resultado un componente lúdico aderezado con la magia propia de la religión.

En la valoración de su rostro encontramos la propia definición de su nombre. Una leve sonrisa sirve para revitalizar toda su imaginación expresiva. Es un rostro optimista lleno del vigor propio

que desea transmitir la escultura procesional. Ojos huidizos con evocaciones hacia un mundo sobrenatural. Firmeza y temple en su ánimo, mezclado con hieratismo y dignificación, configuran la obra.

Los valores cronológicos atendiendo a su entorno estilístico, los situamos hacia el 1700.

Antecedentes referenciales los encontramos en el Convento de las Verónicas, en Murcia, con una Inmaculada Concepción que aparece en dicho recinto. Otra Inmaculada de Martínez Montañés en la Catedral de Sevilla, nos pone en conexión con la Virgen de la Alegría. Incluso, nuestro imaginario escultor pudo basarse en figuras tan relevantes como Alonso de Mena, Alonso Cano en su Purísima Concepción de la Catedral de Granada o La Inmaculada de Pedro de Mena en el Convento de Las Benitas, en Toledo.

Lo que sí es seguro, es que la obra está meditada para adaptarse a unos límites de geometrización y vinculación espacial partiendo de unos modelos anteriores que pueden servir de línea imaginaria para el establecimiento total de la imagen.

La volumetría nos viene dada por la pesadez de sus ropajes. Una infinita sucesión de pliegues en su parte superior nos ubica en la justa proporción bidimensional: espacio-talla. El vestido en su parte baja marca las líneas verticales necesarias para el escapismo ascensional. A su vez sirve de contacto terrenal, teniendo en cuenta el carácter celestial, a pesar de la procedencia humana propia del escultor. Sin duda el parámetro más onírico sea su cabello. Mechones ondulantes, bordean gran parte de su cuerpo. No tienen la ligereza y la soltura deseada.

Es una prolongación más del propio retrato inmaculado de la Virgen. El alma de la figura radica en sus manos. Un componente de dulzura eleva la propia constitución del elemento programado en su choque horizontal protagonizado por sus dedos. La fragilidad y belleza acentúan aún más el carácter relevante de sus manos.

No cabe duda que la tensión artística, se alcanza en muchos casos en estados reflexivos. En claro acercamiento espiritual. Sin duda en la concepción de esta obra rigieron tales parámetros.